

CRÍTICA

PINOCHET

LOS ARCHIVOS SECRETOS

PETER KORNBLUH



PETER KORNBLUH

PINOCHET:
LOS ARCHIVOS
SECRETOS

CRÍTICA
BARCELONA

1

La «fórmula del caos»: el Proyecto FUBELT

La matanza podría ser considerable y prolongada (estamos hablando de una guerra civil). ... Nos habéis pedido que provoquemos el caos en Chile ... os ofrecemos una fórmula del caos que es poco probable que no suponga derramamiento de sangre. Disimular la implicación de EE.UU. será sin duda imposible.

Cablegrama ultrasecreto de la base de operaciones
de la CIA en Santiago de Chile, 10 de octubre de 1970

El 15 de septiembre de 1970, durante una reunión de quince minutos mantenida entre las 15.25 y las 15.40, el presidente Richard Nixon ordenó a la CIA que iniciase una ambiciosa intervención encubierta en Chile. El objetivo era impedir que Salvador Allende, el presidente electo, llegase al poder y se mantuviera en él. Allende, que gozaba de gran popularidad en Chile y para quien la campaña de 1970 constituía el cuarto intento de hacerse con la presidencia, era descrito en un informe secreto de la CIA como «uno de los políticos parlamentarios más astutos de una nación que tiene por pasatiempo favorito la política de tertulia». Su victoria —algo apretada— el 4 de septiembre en unas elecciones libres y justas lo convirtió en el primer «socialista parlamentario», como le gustaba definirse, que alcanzaba la presidencia por medios democráticos en el hemisferio occidental en el siglo XX.

Durante un encuentro mantenido en la Casa Blanca con Henry Kissinger, John Mitchell —fiscal general del Estado— y Richard Helms —director de la CIA—, Nixon dio órdenes explícitas de promover un golpe de estado que impidiese a Allende ser investido el 4 de noviembre o que derrocaria luego su recién creado gobierno. Las notas manuscritas del director de la CIA recogen las directrices dictadas por el presidente:

- ¡Salvar a Chile, aunque sólo haya 1 posibilidad contra 10!
- el gasto vale la pena
- sin riesgos
- sin implicación alguna de la embajada
- 10.000.000 \$ disponibles, ampliables
- jornada completa: nuestros mejores hombres
- estrategia
- hacer saltar la economía
- 48 horas para un plan de acción

El resumen de Helms se convertiría en el primer documento que registra la orden de un presidente estadounidense de derrocar un gobierno elegido democráticamente.¹

La CIA comenzó a actuar con gran rapidez a fin de cumplir las instrucciones recibidas. Durante una reunión celebrada al día siguiente con altos funcionarios de la división de operaciones encubiertas de la Agencia, Helms refirió a sus ayudantes que «el presidente Nixon había decidido que Estados Unidos no podía aceptar la configuración de un régimen encabezado por Allende en Chile», por lo que «había pedido a la Agencia que impidiese la llegada de Allende al poder o lo derrocara una vez allí». (Véase el documento 1.) Bajo la supervisión de subdirector de operaciones de la CIA, Thomas Karamessines, y el jefe de la división Hemisferio Occidental, se estableció y activó de inmediato un «destacamento especial» constituido por dos unidades operacionales: una centrada exclusivamente en los militares chilenos y encabezada por David Atlee Phillips, veterano especialista en operaciones encubiertas, y otra consagrada a la «ruta política/constitucional» y encaminada a cortar el paso a Allende. A las 8.30 del 17 de septiembre, el nuevo destacamento especial había elaborado ya su primer informe de situación, completado con un esquema de organización y una lista de «posibilidades» a fin de «estimular el malestar social y otros acontecimientos capaces de provocar acciones militares».²

Con objeto de proporcionar un sello aprobatorio al destacamento especial, Kissinger obtuvo de Nixon aquel mismo día una autorización firmada para crear un «mecanismo» que permitiese «trabajar en secreto y con rapidez» y «tomar decisiones, marcar directrices, mantener la vigilancia ... coordinar actividades y planear acciones prácticas».³ Durante una reunión mantenida la tarde del 18 de septiembre, Kissinger recibió un informe inicial procedente del director de la CIA, Helms, sobre el estado de lo que se iba a convertir en una de las operaciones secretas más tristemente célebres de la Agencia. A esas alturas, el cuartel general de ésta había enviado a un agente secreto especial a Santiago con el cometido de comunicar instrucciones confidenciales al director del centro de operaciones en la capital chilena refe-

rentes a la nueva misión, que había recibido el nombre en clave de «Proyecto FUBELT».⁴ Por otra parte, el destacamento especial de la CIA había redactado ya el segundo informe de situación, en el que declaraba: «ya se ha planteado la posibilidad de un golpe de estado».

GÉNESIS DE UNA POLÍTICA GOLPISTA

Las sucintas directrices que había presentado Nixon en relación con Chile no carecían, de cualquier modo, de precedentes. La historia de la política estadounidense hacia América Latina durante el siglo XIX y comienzos del XX cuenta con frecuentes ejemplos de presidentes que autorizaron operaciones militares concebidas para deshacerse de gobiernos que, por motivos económicos o políticos, la nación consideraba indeseables. Una vez firmada en 1945 la Carta de las Naciones Unidas, que hacía hincapié en el no intervencionismo y el respeto a la soberanía nacional, la Casa Blanca comenzó a emplear a fondo la recién creada Agencia Central de Inteligencia para consolidar los designios hegemónicos de Estados Unidos. En tiempos de Dwight Eisenhower, ésta acometió una serie de operaciones paramilitares para poner fin al gobierno de Jacobo Arbenz y tanto él como su sucesor, John F. Kennedy, dieron luz verde a acciones clandestinas que pretendían debilitar a Fidel Castro en Cuba. De hecho, fue el gobierno de Kennedy el primero que llevó a cabo operaciones secretas en Chile, nada menos que para impedir la elección de Salvador Allende.

Este último atrajo por vez primera la atención de Washington cuando su coalición socialista, conocida entonces como Frente de Acción Popular (FRAP), perdió por poco las elecciones de 1958 frente al derechista Partido Nacional, presidido por Jorge Alessandri. El gobierno de éste, según un informe redactado por la predecesora de la Agencia para el Desarrollo Internacional (AID), la Administración para la Cooperación Internacional, tenía «cinco años para demostrar al electorado que la suya era la mejor medicina. En caso de fracasar, garantizaría de forma casi automática un claro giro a la izquierda».

De cualquier modo, durante el período que siguió a la revolución cubana de 1959, el gobierno de Kennedy reconoció que, probablemente, el tradicional respaldo de Washington a pequeños partidos oligárquicos como el Partido Nacional fortalecía a la izquierda latinoamericana más de lo que la debilitaba. Entonces se convirtió en objetivo primordial apoyar a partidos políticos reformistas y de centro, que personificaban lo que Kennedy llamaba «una alternativa viable» a los movimientos revolucionarios izquierdistas. «El problema de Estados Unidos es que debe hacer lo que esté en sus manos para acelerar la revolución de la clase media —escribió a Kennedy su ayudan-

te Arthur Schlesinger Jr. en un informe fechado el 10 de marzo de 1961 que acabaría convirtiéndose en un argumento en favor de la Alianza para el Progreso—. Si las clases propietarias de América Latina impiden la revolución de la clase media, van a hacer inevitable una revolución de “obreros y campesinos”.»

En Chile, el Partido Demócrata Cristiano (PDC), presidido por Eduardo Frei, parecía hecho a medida para esta revolución de la «clase media». Haciendo caso omiso de los ayudantes que querían seguir respaldando a Alesandri, Kennedy lo organizó todo para que Frei y Radomiro Tomic, otro dirigente de centro, hiciesen una visita secreta a la Casa Blanca a principios de 1962. El presidente tenía la intención de evaluar en persona a estos nuevos líderes chilenos y, según asegura cierto informe, «decidir a quién prestarle en secreto ayuda en las elecciones».⁵

Los dos volúmenes que conforman la historia interna de la CIA en torno al respaldo ofrecido de forma clandestina a los democristianos, titulada *The Chilean Election Operation of 1964. A Case History 1961-1964*, siguen siendo altamente confidenciales. Se sabe, sin embargo, que contienen información relativa a operaciones encubiertas que comenzaron en 1961 —cuando se suministró dinero a pequeños partidos de centro y a organizaciones obreras, estudiantiles, campesinas y mediáticas de relieve, amén de crear mecanismos fundamentales de propaganda— y culminaron en la onerosa financiación de la campaña de Frei en 1964. En abril de 1962, el grupo de expertos 5412, como era conocido el equipo de altos cargos de diversas agencias que supervisaba las operaciones encubiertas, aprobó las propuestas de la CIA de «emprender un programa secreto de ayuda financiera» a los democristianos.⁶ Entre esa fecha y la de los comicios, la CIA destinó unos cuatro millones de dólares a Chile para respaldar la elección de Frei, incluidos 2,6 millones que de forma directa se destinaron a financiar más de la mitad del presupuesto de su campaña. Con objeto de realzar la imagen del candidato en cuanto centrista moderado, la Agencia también financió de modo encubierto a un grupo de partidos políticos de centro-derecha.

Además de la provisión directa de fondos para fines políticos, la CIA llevó a cabo en Chile otras quince operaciones de relieve, entre las que se cuentan la creación y mantenimiento clandestinos de numerosas organizaciones cívicas con la intención de influir y movilizar a sectores de votantes decisivos. La empresa más importante, de cualquier manera, fue una intensa campaña propagandística contra Allende, en la que se invirtieron tres millones de dólares. El informe *Covert Action in Chile 1963-1973*, elaborado por el Comité Church, describe la magnitud de estas actividades:

Se hizo un amplio uso de la prensa, la radio, el cine, panfletos, carteles, octavillas, correspondencia directa, artículos de diario con grandes titulares y pin-

tadas durante una «campana de pavor» que se basaba sobre todo en imágenes de tanques soviéticos y pelotones de fusilamiento cubanos e iba dirigida en especial a las mujeres. Las organizaciones democristianas distribuyeron cientos de ejemplares de la pastoral anticomunista promulgada por el papa Pío XI. ... Asimismo, se recurrió a la «desinformación» y la «propaganda negra» (material que, presuntamente, provenía de otras fuentes como el Partido Comunista chileno).⁷

En los meses que transcurrieron hasta las elecciones de septiembre de 1964, las operaciones se hicieron cada vez más intensas. Así, por ejemplo, un grupo de propaganda de la CIA distribuyó tres mil carteles políticos anticomunistas y produjo veinticuatro boletines informativos al día, así como veintiséis comentarios semanales. El objetivo de todo esto era alejar a los votantes de Allende y acercarlos a Eduardo Frei. La CIA, tal como señaló el Comité Church, consideraba que esta campaña propagandística era «la actividad más efectiva emprendida por Estados Unidos en nombre de los candidatos democristianos».

«Todas las encuestas sitúan a Eduardo Frei por encima de Salvador Allende», informó el secretario de Estado Dean Rusk en una memoria desclasificada recientemente. El texto, que llevaba el sello de «Alto secreto: distribución exclusiva», estaba dirigido al presidente Lyndon Johnson, y tenía fecha del 14 de agosto de 1964, tres semanas antes de las elecciones:

Estamos haciendo *grandes esfuerzos encubiertos para reducir las posibilidades* de que Chile se convierta en el primer país de América en elegir a un marxista declarado. Nuestro programa, que se mantiene en el más estricto secreto, incluye un respaldo económico especial para garantizar la estabilidad, ayuda a las fuerzas armadas y la policía para mantener el orden, y acciones políticas y propagandísticas estrechamente ligadas a la campaña de Frei. [Subrayado del original.]

La CIA atribuiría más tarde a dichas operaciones encubiertas buena parte de la aplastante victoria con que se hizo Frei el 4 de septiembre de 1964 al obtener el 57 por 100 de los votos, una mayoría inimaginable en las elecciones chilenas, que por lo general se disputaban tres candidatos.

El ascenso de Frei al poder hizo que el gobierno de Johnson declarase a Chile «un modelo para la Alianza para el Progreso». Sin embargo, Washington se encontró con el mismo problema al que se había enfrentado en 1958: si la gestión política de Frei no lograba mantener el desarrollo social y económico del país, los votantes recurrirían a la coalición izquierdista de Allende en los comicios de 1970. En consecuencia, Estados Unidos se embarcó en un amplio programa de apoyo económico, militar y político, este último en secreto.

Casi de la noche a la mañana, Chile se convirtió en el principal beneficiario de la ayuda que el gobierno estadounidense destinaba a América Latina. Entre 1962 y 1970, su población, de sólo diez millones de habitantes, recibió más de mil doscientos millones de dólares en concepto de subvenciones y préstamos, lo que en la época suponía una suma astronómica. Además, la AID instó a las sociedades anónimas estadounidenses más importantes, y en particular a los dos gigantes de la industria del cobre, Anaconda y Kennecott, que dominaban la economía chilena, a modernizarse y expandir sus inversiones y operaciones. Como quiera que el principal atractivo de Frei para muchos de sus votantes era su política de «chilenización» (nacionalización parcial de la industria del cobre), el gobierno de Estados Unidos ofreció a las empresas lo que el embajador Edward Korry denominó «un trato de favor» que proporcionaba «un seguro contra riesgos políticos» para las inversiones y bienes depositados en Chile. El programa, concebido para movilizar capital privado en ámbitos de inversión inciertos, se administró en un principio por medio de la AID, aunque más tarde fue confiado a una nueva organización poco menos que gubernamental que recibió el nombre de Corporación para la Inversión Privada en el Extranjero (OPIC). Los cuatrocientos millones de dólares que invirtió ésta en Chile en 1969 en concepto de cobertura frente a riesgos políticos no sólo eclipsaron los programas que estaba poniendo en práctica en otras naciones, sino que excedieron en gran medida el activo de que disponía. El programa supuso un nuevo incentivo político y económico por parte de Estados Unidos para anular el atractivo de la candidatura de Allende en 1970.

Las iniciativas de apoyo militar por parte de Estados Unidos también se incrementaron de forma drástica durante la década de 1960. A pesar de que la seguridad de Chile no se había visto amenazada ni desde el interior ni desde el extranjero, entre 1962 y 1970 se destinaron noventa y un millones de dólares a ayuda militar, un claro intento de estrechar lazos con los generales chilenos. Un estudio del Congreso sobre los programas de ayuda para la seguridad en América Latina determinó que la otorgada a Chile era «de naturaleza política y económica, más que simplemente militar».⁸

Por otra parte, la CIA prosiguió su intervención encubierta mediante la acción política y las operaciones propagandísticas. Entre 1965 y 1970 empleó dos millones de dólares en unos veinte proyectos concebidos para mejorar la imagen de los democristianos y minar la coalición política de Allende. En febrero de 1965, por ejemplo, la Agencia obtuvo el visto bueno que necesitaba para invertir ciento setenta y cinco mil dólares en la financiación directa de determinados candidatos a las elecciones al Congreso Nacional celebradas en marzo. En ellas salieron elegidos nueve de los que contaban con el respaldo de la CIA, en tanto que fueron derrotados trece de los del FRAP, desacreditados por la Agencia. En julio de 1968 se aprobó un presupuesto de

trescientos cincuenta mil dólares para influir en las elecciones al Congreso de 1969, en las que ganaron diez de los doce candidatos seleccionados por la CIA. El centro de operaciones de la Agencia en Santiago también se encargó de la financiación subrepticia del partido de Frei durante los dos años que siguieron a su elección, y proporcionó fondos tanto a su gabinete como a los militares. También las organizaciones eclesíásticas y los organismos sindicales favorables a Estados Unidos se beneficiaron de estas ayudas económicas. Se crearon nuevos contactos en el ámbito de los medios de comunicación, incluidos los que «hacían aparecer casi a diario editoriales inspirados por la CIA en *El Mercurio*», en palabras del informe elaborado por el Comité Church. Los mecanismos de propaganda desarrollados durante la década de 1960, en particular, situaron a la Agencia en una posición muy ventajosa para influir sobre la campaña electoral de 1970, en la que la nueva coalición de Allende, la Unidad Popular (UP), se enfrentaba al ex presidente Jorge Alessandri y al democristiano Radomiro Tomic.

Llegado 1970, eran muchos los esfuerzos políticos y económicos que había hecho Estados Unidos para evitar que Allende se hiciera con la presidencia de Chile, hasta el punto de que su llegada a dicho cargo iba a suponer un humillante fracaso para quienes habían seguido una política tan prolongada como decidida a fin de minar su llamamiento socialista. De cualquier modo, lo cierto es que las acciones e inversiones estadounidenses en Chile, tanto las declaradas como las secretas hicieron mucho más que sentar un precedente para que Nixon decidiera impulsar un golpe de estado contra Allende: dieron lugar a lo que el embajador Korry llamó una «responsabilidad fiduciaria» —un sentimiento imperial de obligación y derecho— de revocar la decisión del electorado chileno. No tenía sentido «preguntarse si Estados Unidos pensaba intervenir ni cómo lo haría, sino cuándo lo iba a hacer».⁹

EL «RECURSO EXTREMO»: LA POSIBILIDAD DE UN GOLPE

En sus memorias, Henry Kissinger identificaba al millonario chileno Agustín Edwards, propietario y editor de *El Mercurio* y distribuidor de la compañía PepsiCo, como la persona que llevó a Richard Nixon a ordenar, el 15 de septiembre, la realización de un golpe de estado. «Por entonces, Nixon había asumido un papel personal —escribe en *White House Years*—. Lo había impulsado a actuar el 14 de septiembre Agustín Edwards, editor de *El Mercurio*, el periódico que gozaba de mayor respeto entre los chilenos, quien había acudido a Washington para advertirlo de las consecuencias que podría tener la llegada de Allende al poder. Se alojaba en casa de Don Kendall, di-

rector general de Pepsi-Cola, que por casualidad iba a acompañar a su padre a ver a Nixon aquel mismo día.»

Por mediación de Kendall —uno de los mejores amigos de Nixon y responsable de buena parte de la financiación de su campaña, Edwards contribuyó a que el presidente de Estados Unidos dirigiera su ira hacia Allende. La mañana del 15 de septiembre, el potentado chileno desayunó con Kissinger y el fiscal general Mitchell y los puso al corriente de la amenaza que suponía el candidato socialista para sus intereses y los de otras empresas que se mostraban a favor de los estadounidenses. Siguiendo las órdenes de Kissinger, Helms se había reunido asimismo con Edwards en un céntrico hotel de Washington. En la declaración que presentó ante el Comité Church —casi treinta años después todavía clasificada como secreta—, el director de la CIA aseguró haber tenido la impresión de «que el presidente convocó aquel encuentro [del 15 de septiembre, en que dio órdenes de dar un golpe de estado] debido a la presencia de Edwards en Washington y porque había oído a Kendall comentar lo que decía éste acerca de las condiciones existentes en Chile y de lo que estaba sucediendo allí».¹⁰

Sin embargo, los documentos revelados demuestran que la Casa Blanca, la CIA, el Departamento de Estado y el Pentágono habían pasado semanas preparando y evaluando las contingencias del golpe antes de que Nixon diese aquella orden. En una fecha tan temprana como el 5 de agosto, un mes antes de las elecciones, el vicesecretario de Estado John Crimmins envió al embajador Korry un cablegrama dirigido exclusivamente a su persona en el que hablaba de las posibles medidas que se tomarían en caso de que Allende saliese elegido.

Como puede ver —rezaba—, habrá tres opciones en septiembre. Sin embargo, queremos que considere asimismo una cuarta posibilidad que estamos tratando por separado y conocen muy pocas personas. Se trata de derrocar al candidato ganador o impedir su investidura. Desearíamos saber su opinión acerca de:

- a) los militares y policías chilenos que podrían tomar parte en el derrocamiento de Allende;
- b) qué individuos del ejército y la policía podrían intentar hacer realidad el derrocamiento;
- c) las perspectivas de éxito para los militares y policías que trataran de derrocar a Allende o impedir su investidura, y
- d) la importancia de la actitud de Estados Unidos a la hora de poner en marcha la operación y el éxito que ésta pueda tener.¹¹

La respuesta de Korry, desclasificada parcialmente treinta años después, constituía un análisis muy detallado de las diversas posibilidades de las elec-

ciones, las opciones de que disponía Estados Unidos y las probabilidades con que contaba. En las trece páginas del cablegrama se identificaban todos los elementos decisivos que figurarían más tarde en los intentos encubiertos de detener a Allende: el intervalo temporal más propicio para efectuar el golpe, entre la fecha de las elecciones, el 4 de septiembre, y la del 24 de octubre, día en que se investiría al vencedor; el obstáculo que suponía el general René Schneider, comandante en jefe de fuertes convicciones constitucionistas, a las que Korry se refería como «la doctrina de no intervencionismo de Schneider»; y la identificación del general retirado Roberto Viaux como la figura militar más dispuesta a levantarse contra Allende.¹²

Esta indagación secreta en torno a las posibilidades de un golpe militar llegó cuando los servicios de inteligencia estaban acabando un «estudio de la política y estrategia de Estados Unidos en caso de una victoria de Allende» destinado a la Casa Blanca. Siguiendo órdenes de Kissinger, los analistas de la CIA, el Departamento de Estado y el Ministerio de Defensa dirigieron una gran investigación sobre cuáles serían las implicaciones para el gobierno estadounidense. La evaluación que presentaron a mediados de agosto recibió el nombre de Memorando 97 para el Estudio de la Seguridad Nacional.

En lo referente a posibles amenazas a los intereses estadounidenses —declaraba abiertamente el documento—, hemos llegado a la conclusión de que:

1. EE.UU. no tiene interés nacional vital alguno en Chile. Sin embargo, habría pérdidas económicas tangibles.
2. El equilibrio de poder militar en el mundo no se vería alterado de modo significativo en caso de que Allende formara gobierno.
3. La victoria de Allende, no obstante, tendría considerables costes políticos y psicológicos; a saber:
 - a) la cohesión del hemisferio quedaría amenazada por el desafío que supondría su gobierno para la OEA [Organización de Estados Americanos] y por las reacciones a que daría lugar en otros países, si bien entendemos que la paz de la región no tiene por qué verse en peligro;
 - b) la victoria de Allende representaría un revés psicológico apreciable para Estados Unidos, así como un claro avance del ideal marxista.¹³

«A la hora de examinar la amenaza potencial que encarna Allende —añadía el estudio elaborado para Kissinger—, es importante tener en cuenta que es probable que algunos de los problemas con que se prevé que se encontrará Estados Unidos en el supuesto de que sea elegido surjan con independencia de quién sea el próximo presidente de Chile.»

El Memorando 97 llegaba a la conclusión de que la elección de Allende no supondría ninguna amenaza militar, estratégica o regional para los inte-

reses de Estados Unidos en lo referente a seguridad y estabilidad. Sin embargo, el informe contenía un «anexo secreto» nunca antes revelado. Éste, redactado por la CIA y titulado «Recurso extremo: derrocar a Allende», se ocupaba de las diversas eventualidades, ventajas y desventajas que llevaba aparejadas el intento de promover un golpe de estado. «La elección de esta vía supone que deberá ponerse el mayor empeño en garantizar que en ningún momento se revele la participación de Estados Unidos, por lo que toda acción deberá ser efectuada a través de instituciones y ciudadanos chilenos, así como de nacionales de terceros países», declara el documento, elaborado por la agencia el 11 de agosto. Las ventajas eran evidentes: «De prosperar, la implicación de Estados Unidos en un golpe de estado militar en Chile nos libraría sin lugar a dudas y de forma permanente de la posibilidad de un gobierno chileno presidido por Allende».

No obstante, también existían inconvenientes no menos claros. El informe resumía así el más importante:

Apenas hay manera alguna de evaluar la posibilidad de que tal intento tenga éxito en caso de que llegue a efectuarse. Un fracaso en este sentido, que con toda probabilidad provocaría que se diese a conocer la intervención estadounidense, tendría graves consecuencias para nuestras relaciones con Chile, y nos causaría problemas en el resto del hemisferio, en Estados Unidos y en cualquier otro lugar del planeta.¹⁴

Aun en el supuesto de que el golpe se hiciese realidad, existía otro inconveniente, tal como señalaban los analistas en una clarividente observación: «Si se da la circunstancia de que se logra culminar con éxito el derrocamiento, y aun cuando quede encubierta la participación estadounidense (algo que no podemos garantizar), Estados Unidos quedaría convertido en un verdadero rehén de los individuos a los que respaldásemos durante la operación y tal vez aislado durante años de la mayoría de las demás fuerzas políticas del país».¹⁵

De cualquier modo, casi la totalidad de los miembros de la embajada y los servicios de información compartía la opinión de que promover un golpe de estado en Chile en el otoño de 1970 constituía una operación prácticamente imposible, peligrosa desde el punto de vista diplomático y, por lo tanto, muy poco deseable. Durante la reunión del equipo de altos cargos de seguridad nacional conocido como el Comité 40, celebrada el 8 de septiembre, Kissinger y el director de la CIA, Helms, confrontaron los argumentos del Departamento de Estado según los cuales resultaría más efectivo centrarse en la reconstrucción del Partido Demócrata Cristiano para las elecciones de 1976. La minuta de aquel encuentro da fe del reconocimiento, por parte de Helms, de que no existía «ninguna garantía incontestable de éxito [en lo to-

cante a un posible golpe de estado], habida cuenta de la tradición apolítica de los militares chilenos», si bien, en cualquier caso, «un *golpe* militar contra Allende apenas tiene oportunidades de prosperar si no se efectúa pronto».* Kissinger puso también en duda que «una vez que Allende se haga con la presidencia haya alguien capaz de organizar una verdadera oposición en su contra». En consecuencia, solicitó «una evaluación implacable de ... los pros y los contras de organizar un golpe de estado militar en Chile con la ayuda de Estados Unidos, así como de las posibilidades de éxito».¹⁶

La respuesta del embajador Korry fue tan rápida como inequívoca. El 12 de septiembre cablegrafió al Departamento de Estado con el siguiente mensaje:

Ahora creemos que es evidente que los militares chilenos no harán nada en absoluto para evitar la llegada de Allende al poder salvo que se dé una improbable situación de desorden nacional y violencia generalizada. ... Lo que queremos poner de relieve en esta «evaluación implacable» es que no existe oportunidad alguna de poder llevar a cabo cualquier acción significativa del gobierno estadounidense con los militares chilenos.¹⁷

El 25 de septiembre, Korry volvió a enviar un cablegrama a Kissinger para reiterarle: «Estoy convencido de que no podemos provocar [un golpe de estado] y de que no deberíamos correr el riesgo de incurrir en otra bahía de Cochinos».

El director de la base de operaciones de la CIA en Santiago, Henry Hecksher, quien usaba el nombre en clave de «Félix», presentó también una valoración negativa. El 9 de septiembre, seis días antes de la decisión de Nixon, Hecksher recibió un despacho especial del director de la división Hemisferio Occidental de la CIA, William Broe, que da fe de la prontitud con que se dispuso la Agencia, al parecer a instancias de la Casa Blanca, a tramitar un golpe. «La única acción que presenta alguna posibilidad de éxito es un *golpe* militar, bien antes, bien inmediatamente después de la toma del poder por parte de Allende», aconsejaba Broe. En consecuencia, dio órdenes al centro de operaciones en Santiago de emprender «la tarea de establecer los contactos directos con los militares chilenos necesarios para evaluar las posibilidades y (lo que es cuando menos de igual importancia) que pueden emplearse para instigar un *golpe* si se decide llevarlo a cabo y en el momento en que se decida».¹⁸ El jefe del puesto santiaguino comenzó de inmediato a poner en práctica lo dictado; sin embargo, los informes que enviaba al cuartel general contenían numerosas advertencias acerca de las dificultades con que se iban

* *Golpe*: aquí e *infra*, en español en el original. (N. del t.)

a encontrar a la hora de cumplir aquella misión. «Olvidense de oscuras operaciones secretas y de condicionamiento propagandístico de las fuerzas armadas. Ellos apenas leen —refirió Hecksher en un cablegrama enviado a Langley el 23 de septiembre—. Tengan en cuenta que el ángulo de acción es extremadamente angosto, y las opciones disponibles, muy limitadas.»¹⁹ «No había dejado sombra alguna de duda en la mente de mis colegas y superiores —testificaría más adelante en secreto ante el Comité Church— de que no consideraba deseable ningún tipo de intervención en el proceso constitucional [de Chile].»

Tampoco faltaron en Washington funcionarios que presentasen argumentos más completos si cabe contra los designios de acción encubierta de Nixon y Kissinger. A finales de septiembre, un miembro de la Dirección de Operaciones de la CIA evaluó la opinión general de los funcionarios estadounidenses con respecto a Chile en el entorno de la Guerra Fría. Según éstos, lejos de ser un títere de los soviéticos, «Allende no se va a dejar someter por el Partido Comunista o por Moscú». Además, tampoco era «un discípulo ciego de Fidel Castro; de hecho, ni ellos ni sus seguidores coinciden en todo». Las operaciones encubiertas para evitar que Allende accediera a la presidencia serían «peor que inútiles», según preveía este análisis:

Cualquier indicio de que nos hallamos detrás de una artimaña legal o cualquier otra mala jugada sólo servirá para agravar aún más las relaciones con el nuevo gobierno. Temo que podamos repetir los mismos errores que cometimos en 1959 y 1960, cuando llevamos a Fidel Castro a la esfera soviética. Aunque logremos un éxito momentáneo al privar a la UP de su candidato, podemos ser responsables de una guerra civil mucho más peligrosa en Chile ... y merecedores de una imagen mucho peor en toda América Latina y en el resto del planeta.²⁰

Sobre la mesa de Henry Kissinger se pusieron argumentos similares antes de que Nixon diese la orden de promover un golpe de estado. La noche del 4 de septiembre, día de la victoria de Allende, Viron Vaky, principal ayudante de Kissinger sobre Latinoamérica, le envió un cablegrama con el sello de «Alto secreto» en el que alegaba que «no está nada claro que la opinión general se muestre a favor de la puesta en marcha de programas de acción encubierta. Las consecuencias serían desastrosas, y la proporción de costes y beneficios no es favorable». El 14 de septiembre, Vaky entregó a Kissinger un memorando secreto en el que resumía un informe de situación de la CIA respecto a Chile junto con un comentario analítico y una serie de conclusiones y recomendaciones. «Es imposible llevar a cabo una acción militar», sostenía Vaky. «No tenemos la capacidad necesaria para motivar o instigar un golpe de estado», y «cualquier intento encubierto de incitar la toma del poder por parte de los militares está destinado al fracaso». No era impensable

que el éxito de la operación concebida para impedir el gobierno de Allende desembocara en «actos generalizados de violencia e incluso una insurrección», lo que exigiría una implicación cada vez mayor de Estados Unidos en Chile para sostener a un gobierno suplente. En caso de fracasar, el proyecto podría fortalecer y radicalizar a las fuerzas de Allende hasta el punto de convertirse en «la bahía de Cochinos de este gobierno».

Con una actitud algo más decidida, Vaky preguntaba si los peligros de un gobierno encabezado por Allende tenía más peso que los peligros y riesgos que la posible sucesión de acontecimientos que pondría en marcha Washington por medio de una intervención encubierta, y ofrecía luego su propia respuesta:

Lo que proponemos no es otra cosa que una patente violación de nuestros propios principios políticos. Dejando a un lado cualquier apreciación moral, el hecho tiene consecuencias operativas prácticas. ... Si estos principios tienen algún significado, lo normal sería apartarnos de ellos sólo en caso de tener que enfrentarnos a una amenaza de gravedad extrema para nosotros, es decir, para nuestra supervivencia. ¿Supone Allende una amenaza mortal para Estados Unidos? Resulta difícil sostenerlo.²¹

LA VÍA I Y LA VÍA II

En Chile, el resto de Hispanoamérica y Washington, la mayoría obtenida por Salvador Allende el 4 de septiembre constituyó un acontecimiento trascendental. Su victoria provocó una reacción frenética en el interior del gobierno de Nixon, donde casi puede decirse que se vivió minuto a minuto. El día de la elección, el embajador Edward Korry envió a Washington no menos de dieciocho comunicaciones referentes al recuento de votos, seguidas de docenas de prolijos cablegramas —«korrygramas», tal como los habían bautizado en el Departamento de Estado por su estilo único y sus opiniones no demasiado diplomáticas— en los que culpaba de los resultados al carácter «torpe, desorganizado, ingenuo e impotente» de los democristianos de centro, así como a la «miopía y la arrogante estupidez» de la clase alta chilena de derecha, toda vez que unos y otra habían dejado que ganase Allende. «El liderazgo, si se me permite expresarlo en español, depende de tres elementos: *cabeza, corazón y cojones*», escribió con desprecio en un despacho del 5 de septiembre titulado «Allende ha ganado». «En Chile han confiado sólo en la *cháchara*.»

Durante las semanas siguientes, el embajador envió toda una retahíla de cablegramas con el sello de «Secreto» o «Noforn» y títulos tales como «No hay esperanza para Chile» o «Alguna esperanza para Chile». Cierta núme-

ro de estos informes de campo identificaban lo que Korry llamó en tono sarcástico «el artilugio de Rube Goldberg», «una operación organizativa clandestina» concebida para impedir «de forma constitucional» la ratificación de Allende por parte del Congreso chileno el 24 de octubre.* El plan consistía en persuadir a esta institución, valiéndose de medios políticos secretos, de ratificar en la citada fecha la candidatura de Jorge Alessandri, quien había obtenido el segundo lugar en las elecciones. Entonces este último habría de renunciar a la presidencia, lo que daría lugar a la convocatoria de nuevas elecciones en las que podría participar de nuevo el presidente democristiano saliente, Eduardo Frei, para, tal vez, derrotar a Allende. Este plan constituía el anteproyecto de lo que la CIA bautizó como «vía I», la «solución parlamentaria». La «vía II» se convirtió en la expresión interna con que se designaron las operaciones posteriores a la orden emitida por Nixon el 15 de septiembre de impulsar, por todos los medios posibles, un golpe de estado militar.

Los orígenes de la vía I se remontan al 18 de junio de 1970, cuando el embajador Korry propuso que el Comité 40 destinase un fondo de reptiles de doscientos cincuenta mil dólares para sobornar a diversos miembros del Congreso chileno, acto que constituiría la «fase II» de una «operación de descrédito» dirigida contra Allende y a la que se habían asignado trescientos sesenta mil dólares. Si el día 4 de septiembre no se hacía ningún candidato con la mayoría, el Congreso votaría para ratificar al ganador —el que más votos hubiese obtenido, por lo general— el 24 de octubre. La Unidad Popular de Allende contaba con unos ochenta y dos votos en el Congreso: para ganar iba a necesitar diecinueve votos adicionales en poder de los democristianos, y quizá pudiese obtener la ratificación aun en caso de ser el segundo más votado. Korry quería asegurarse de que Estados Unidos podía disponer de suficientes votos democristianos para impedir el triunfo de Allende. Recibió la aprobación que necesitaba para emplear las cantidades mencionadas, pero su distribución se aplazó hasta después de las elecciones.²²

El 14 de septiembre, el Comité 40 autorizó a Korry a gastar los doscientos cincuenta mil dólares para «respaldar de forma clandestina los proyectos que consideren importantes Frei o su equipo de confianza». Sin embargo, la embajada y la CIA no tardaron en advertir que la posibilidad de que alguien los delatase convertía las operaciones de soborno en algo demasiado arriesgado: la menor filtración podía dar pie a una violenta reacción antiamericana en todos los niveles del nacionalista aparato político chileno. En conse-

* Rube Goldberg (1883-1970) fue el creador de la tira cómica que representaba los disparatados inventos del profesor Butts. Su nombre se emplea, en lengua inglesa, para designar algo que se ha logrado de un modo enrevesado cuando podría haberse hecho de forma sencilla. (*N. del t.*)

cuencia, se abandonó la idea del soborno, aunque Estados Unidos siguió presionando de forma encubierta a los militares y los democristianos a fin de organizar el llamado «gambito de la reelección de Frei». Pocos días después de la elección de Allende, el embajador Korry había de reunirse con el general Camilo Valenzuela a fin de proponerle un plan por el que sería ratificado Alessandri, el segundo más votado. Éste debía formar un gabinete militar y dimitir, de modo que fuesen los miembros del ejército quienes supervisaran las nuevas elecciones entre Frei y Allende. No obstante, se consideró que la idea estaba destinada al fracaso una vez que la CIA determinó que no había modo alguno de desviar los votos del Congreso necesarios para ratificar a Alessandri.

A mediados de septiembre, la embajada y la CIA perseguían un plan que consistía en poco más que un golpe militar autorizado por Frei. Se trataba de pedir ayuda a éste para que garantizase: 1) la dimisión de su gabinete; 2) la formación de uno nuevo compuesto en su totalidad por personalidades militares; 3) el nombramiento de un presidente en funciones; y 4) su propia salida del país, de forma que éste quedase bajo el control efectivo de los militares. «El éxito de un golpe de estado como éste —afirmaba un informe de situación de la CIA— dependerá en definitiva de que Frei se comprometa a llegar hasta el final de forma incondicional.»

Y éste era precisamente el principal problema de la vía I: la poca inclinación que sentía Frei por la idea de traicionar la larga tradición chilena de gobiernos civiles constitucionales. Korry, que se reunió en secreto con él y su intermediario, el ministro de Defensa chileno, Ricardo Ossa, no sabía si elogiar al presidente en cuanto «única esperanza para Chile» o despreciarlo por «no llevar bien puestos los calzones». En lo que respecta a la CIA, David Atlee Phillips supo captar las problemáticas posibilidades que ofrecía un golpe de estado cuya trama se basaba en que los principales políticos civiles de Chile y su presidente estuviesen dispuestos a minar las sagradas tradiciones democráticas de su país.

El cometido más importante —escribió en un cablegrama dirigido al puesto de operaciones en Santiago el 21 de septiembre— consiste en persuadir a Frei de que emprenda la acción que dará los resultados esperados. Después, todo se tornará incierto para nosotros, por cuanto no tenemos claro qué queremos que haga Frei aparte de encabezar por sí mismo el golpe de estado militar, algo que apenas podemos esperar de una alma blanda como la suya. Podemos aspirar ansiosamente que actúe de un modo que no sólo propicie el clima necesario para un golpe de estado, sino que lo precipite de un modo activo.

Según el «Informe sobre las actividades del destacamento especial para Chile de la CIA», que ha sido hecho público, la Agencia «puso en marcha

una acción política coordinada con una campaña propagandística a fin de tentar y atraer a Frei» para que hiciese realidad el plan de golpe de estado. Las más superficiales de estas operaciones iban desde sembrar los periódicos de todo el mundo de artículos falsos que asegurasen que los comunistas pretendían «destruir a Frei en cuanto individuo y dirigente político una vez que Allende [se hiciera con] el cargo», y tener a Frei informado de tales infundios de un modo directo, hasta organizar la llegada de una serie de telegramas dirigidos a su esposa por grupos de mujeres ficticios de otros países hispanoamericanos en los que le suplicaban que salvara la región de los horrores del comunismo. (Cierta cablegrama de la CIA referente a la vía I, con fecha del 19 de octubre, afirmaba que «entre las influencias que mueven a Frei a adoptar una postura más severa se encuentra “el repentino cambio de carácter de la señora Frei”».) La vía II, por su parte, incluía operaciones mucho más siniestras y violentas concebidas para «influir en el estado de ánimo de Frei».

La distinción que se ha establecido tradicionalmente entre las dos vías —según la cual la primera se centraba en una solución constitucional, y la segunda, en un golpe de estado militar contra Allende— peca de inexacta: la vía I no tardó en evolucionar para concentrarse también en la toma del poder por parte del ejército (lo que el subdirector de operaciones encubiertas de la CIA, Tom Karamessines, llamó «un golpe militar tranquilo y, con suerte, no violento»). En un cablegrama fechado el 21 de septiembre relativo a ambas vías, el director del destacamento especial de la CIA refirió al jefe de la base en Santiago que «el objetivo es evitar que Allende se haga con el poder. Se han descartado los malabarismos parlamentarios: la solución militar es objetiva».

La diferencia más relevante entre ambas vías consistía en que la I requería la participación de Frei y suponía la actuación del embajador Korry para presionar al presidente chileno a fin de que diese luz verde a los militares del país, en tanto que la II se centraba en identificar a cualquier oficial militar, activo o retirado, dispuesto a encabezar un golpe de estado violento, así como en proporcionar los incentivos, razones, dirección, coordinación, equipo y financiación necesarios para provocar con éxito el derrocamiento de la democracia chilena. La vía II del Proyecto FUBELT estaba constituida por numerosas divisiones y subdivisiones, y de hecho eran pocos los miembros del Comité 40 que conocían su existencia. (Tras las sesiones del Comité, Kissinger se reunía con un grupo mucho más reducido de miembros de la CIA y el CSN que estaban al corriente del proyecto.) Por orden de Nixon, el embajador Korry y su equipo fueron excluidos de este conjunto de operaciones.²³

Las actividades de la vía II comenzaron con el cablegrama de Broe a Hecksher del 9 de septiembre y se aceleraron con la orden de Nixon del día 15. El destacamento especial, que coordinaba también la vía I, estableció de

inmediato un canal especial de comunicaciones con el director del puesto en Santiago, y según el «Informe de situación n.º 1 del Proyecto FUBELT», se enviaron más agentes a Santiago para «aumentar el poder de la base». El subdirector de planificación Karamessines, el director de la división Hemisferio Occidental de la CIA Broe y el jefe del destacamento especial, David Atlee Phillips, comenzaron a reunirse cada día. El destacamento elaboró un diario de actividades y frecuentes informes de situación en los que se detallaba el estado en que se encontraban las operaciones en Chile.²⁴ Sometido a una «presión mucho más que incesante ... de la Casa Blanca», en palabras de los funcionarios de la CIA, Karamessines mantuvo informados en todo momento a Kissinger y a su subordinado más inmediato, Alexander Haig, de cuanto se iba avanzando en dirección a su objetivo de propiciar un golpe militar en Chile.

La Agencia pretendía llevar a término un plan básico de tres pasos: 1) identificar a los oficiales dispuestos a efectuar el golpe, ponerse en contacto con ellos y recabar toda la información posible al respecto; 2) informarlos de que Estados Unidos se comprometía a proporcionar un «respaldo total para el golpe», siempre que éste no exigiese el envío de tropas norteamericanas; y 3) promover la creación de un «clima propicio para el golpe mediante el uso de la propaganda, la desinformación y el terrorismo» a fin de facilitar un estímulo o pretexto para poner en movimiento a los militares.

Aun antes de que Nixon diese la orden relativa al golpe, el director del puesto de operaciones en Santiago había comenzado a ponerse en contacto con importantes miembros del estamento militar chileno. Con todo, la entidad tenía un acceso limitado al cuerpo de oficiales, y sus relaciones con éstos no eran muy estrechas. (El segundo informe de situación acerca de la vía II habla de una investigación efectuada por la CIA entre todos sus agentes secretos a fin de localizar a alguno que hubiese tenido contactos previos con miembros del ejército chileno.) Lo cierto es que cuando se inició el Proyecto FUBELT, la CIA contaba con tan sólo dos «activos» (agentes remunerados) entre los militares del país, y ésa fue la razón que la movió a contratar los servicios del agregado militar en Chile del DIA (Servicio de Inteligencia de la Defensa), el coronel Paul Wimert, quien, según un informe del destacamento especial, «gozaba de relaciones estrechas, francas y confidenciales en grado excepcional» con potenciales participantes en un golpe de estado. El 29 de septiembre, Wimert recibió un mensaje secreto del director en funciones del DIA, Jamie Philpott, a través del destacamento especial para Chile de la CIA, por el que se le ordenaba que trabajase «codo con codo con el jefe de la CIA ... para localizar y aconsejar a las principales figuras militares capaces de desempeñar un papel decisivo en cualquier acción que, a la postre, pueda privar a Allende de la presidencia. Es de vital importancia que el embajador no sepa nada».²⁵